
Juan León Mera y la novela Cumandá (inédito)

A. Darío Lara*

Juan León Mera nació en Ambato, el 28 de junio de 1832, y murió en esa misma ciudad, el 13 de diciembre de 1894.

Su biografía no es el asunto principal de mi estudio; por lo mismo, no citaré fechas ni detalles particulares, sino los indispensables para estas breves páginas. Diré, desde luego, que Juan León Mera llevó una vida muy sencilla y fué un autodidacta perfecto, pues no frecuentó ninguna escuela ni tuvo ningún profesor, fuera de su propia madre.

Vivió en el Ecuador que lo conoció perfectamente: su geografía, su historia, la fauna y la flora, las diversas regiones y especialmente la amazónica; conoció al hombre del Ecuador, al blanco y al indio; al habitante de la sierra y de la selva y se interesó por sus costumbres, sus fiestas, sus manifestaciones artísticas. En este sentido, fue un precursor del **folclore ecuatoriano** y algunas de sus obras descubren al investigador infatigable de las cosas de su tierra.

Por lo mismo, Juan León Mera debe ser y es considerado como un **verdadero maestro**. Por otra parte, la variedad de su obra: historia, poesía, novela, costumbrismo, ensayo, crítica literaria, etc., le consagran como una de las figuras sobresalientes no sólo del siglo XIX, sino también de las letras y la cultura nacionales de todos los tiempos. Críticos no muy bien intencionados han tratado de disminuir los méritos de este ilustre ecuatoriano, por motivos –según diré en otro momento– que no son auténticamente literarios. Tal vez, sus convicciones políticas y sus profundos sentimientos cristianos no han sido del agrado de algunos “volterianos retrasados” o de ciertos “marxistas intolerantes”, convicciones que no se compaginan con ciertos sectarismos que han dominado a algunos representantes de cierta “intelligentsia” revolucionaria, tal como también ocurrió en Francia, por ejemplo, luego de la última guerra; sectarismos que fueron radicalmente combatidos por escritores como François Mauriac, o Louis Pauwels,

* Embajador de carrera del Servicio Exterior ecuatoriano. †

para citar a dos eminentes figuras de las letras francesas.

Por otra parte, Juan León Mera cumplió altas funciones en servicio de su ciudad, de su provincia, de su patria en el Congreso y formó parte de Sociedades Literarias. Fué uno de los fundadores de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, en 1875, y Correspondiente de la Real Academia de la Lengua Española.

Las numerosas biografías de Juan León Mera le han dado cierta notoriedad, por lo menos en la Historia de las Letras hispanoamericanas. Lamentablemente su nombre es casi ignorado -fuera del caso de algunos especialistas- en la literatura extranjera. Desde su primera biografía por Pedro Fermín Cevallos, escritor también ambateño, hasta la más moderna de Darío Guevara, han demostrado un gran interés por esta figura literaria de excepcionales cualidades. He aquí Juan León Mera visto por Guevara en su libro **Juan León Mera o el Hombre de Cimas**, (1944):

“Una frente amplia se extendía entre la cabellera negra que pasó a ser blanca y unos ojos que tenían el tinte de las aguas tranquilas. Nariz casi aguileña. Con la configuración de la curvatura de la vida. Boca regular como destinada a hablar a medida,

orejas de pabellones desplegados como antenas que recogieron a las voces de todas las latitudes. Para oír y contestar o callar. La barba, su acariciada barba, unas veces formaba un corazón sostenido por las patillas, entre la ceja y el pecho; otras veces, era un rasurado que dejaba limpia la barbilla a lo Maximiliano de Austria, y otras era una una V que rodeaba el contorno de la cara, como la V de la Victoria de estos tiempos. La fisonomía de Juan León Mera, hombre de luchas y esfuerzos inauditos, de claro talento y rara sensibilidad, era regularmente porporcionada. La mirada, escrudiñaba los horizontes siempre nuevos o se perdía en las lejanías de la meditación”.

Tal es, en síntesis, el hombre y su vida. Antes de estudiar su novela CUMANDA y de tratar de establecer un breve paralelo con la obra de Chatreaubriand, es indispensable recordar los principales rasgos de las letras del siglo XIX, de las tendencias de la literatura europea, del romanticismo francés, en especial, que tanta influencia tuvo en el novelista ambateño.

Vale la pena recordar que el Romanticismo filosófico llegó a Francia

desde Alemania, a fines del siglo 18 y que se caracterizó fundamentalmente por : a) la espontaneidad que predomina sobre la sistematización estricta del intelectualismo anterior; b) el deseo de penetrar en el fondo común de las cosas, así de la materia como del espíritu; y c) cierta tendencia a reducir las fronteras entre el arte y la ciencia. En lo literario, la misma palabra **romanticismo**, emparentada con **románico**, por sus orígenes lingüísticos, este movimiento literario se inspiró en las ideas y sentimientos medioevales: la fe, el entusiasmo místico, la fantasía y cierta actitud caballeresca. Algunos críticos han distinguido por lo menos dos tendencias: a) un romanticismo que podríamos calificar de **arqueológico**: creyente y arcaico, aristocrático y restaurador, que se desarrolló, en especial, en toda Alemania; y b) un romanticismo inspirado por el genio francés, escéptico y liberal, democrático y revolucionario, como una de las consecuencias de la Revolución Francesa de 1789, que había roto los moldes clásicos y la autoridad de la Corte ya no se imponía más a los autores. Por lo tanto, el siglo 19 vio florecer una literatura más espontánea y personalista; pero, también indisciplinada e inestable, que desconocía las autoridades literarias y se alejaba de los cánones, de las reglas de otras épocas.

Entre 1815 y 1850, se asiste al desarrollo del Romanticismo y de

su producción brillante, ruidosa, en la que prevalecen muchas veces la sensibilidad mórbida, la imaginación ebria, los sueños desmesurados...En medio de este torbellino, hay quienes buscan cómo orientarse o definir sus ideas. Tales, el pensador y polemista Joseph de Maistre (1753-1821) y una mujer de atrevido talento, pero cuya celebridad es innegable, Madame de Staël (1766-1817). De Maistre, filósofo y lírico, cantó sus ideas y formó parte de lo que llamaríamos el romanticismo de tono arcaico y aristocrático. Madame de Staël hizo del filósofo genovés su ídolo y contribuyó a propagar aquel espiritualismo y sentimentalismo rousseauianos, colaborando en la renovación religiosa que se desprende del **Génie du Christianisme**.

Debe anotarse que, por primera vez, la palabra **romantique** es empleada corrientemente en sus escritos y en su novela **Corinne ou l'Italie** (1807). En esta novela refiere la historia del amor de esta joven poetisa italiana, coronada en el Capitolio, que ama al joven lord Oswald Nelvil, quien la abandona, por lo que ella muere. Pero, sobre todo, Madame de Staël dio a conocer la Italia romántica y descubrió a los Franceses aquella Alemania de Goethe y de Schiller. De este modo, aportó un tanto del genio **latino** de Francia, dirigiéndola hacia el genio **germánico**.

Ya bajo el Primer Imperio un gran autor, René de Chateaubriand terminó la revolución literaria iniciada por Jean-Jacques Rousseau y pregonó las nuevas fórmulas de la literatura que va a dominar ese siglo. Es, sin duda, el representante de la corriente nueva y como verdadero reformador va a trastornar los moldes literarios, e iniciar una manera diferente de ver y sentir, de pensar y escribir.

Algunos datos biográficos sobre este autor son indispensables para la mejor comprensión de su obra literaria y de la influencia que ejerció en las letras francesas y universales¹.

François-René Vicomte de Chateaubriand (1768-1848) nació en el castillo de Combourg (Saint-Malo) de familia noble, aunque arruinada. Sus primeros años los pasó errando por las playas solitarias de la Bretaña; sus estudios lo hizo en Rennes, donde se saturó con el contacto de los clásicos y recibió una seria formación cristiana. De regreso a la soledad del castillo familiar, aquel ambiente fué propicio a la exaltación sin freno de una imaginación desbordante y de una sensibilidad extremada. A los 20 años estuvo tentado de dar término a su vida, de tal modo su juventud estuvo llena de

desilusiones. Felizmente, su padre le consiguió un puesto en el ejército y el noble joven vino a París, en donde tuvo ocasión de relacionarse con escritores, poetas y con los enciclopedistas.

A los 23 años, llevado por el amor de las aventuras y el deseo de ver al **buen salvaje** pintado por Jean-Jacques Rousseau, se embarcó para América. Allá permaneció cinco meses y descubrió aquel paisaje hecho a la medida de sus fantasías. Se llenó el espíritu de la visión de la sabana inmensa y almacenó en su imaginación un sin fin de cuadros para su obra futura. Conoció al hombre primitivo y claro está, lo clasificó sin dificultad entre los **buenos**. América será para Chateaubriand la **patria verdadera** de su imaginación creadora.

A su regreso a Francia, en el **Voyage en América** (1801), cuya redacción es anterior a **Atala** y **René**, Chateaubriand pintó a la vida y costumbres de aquellos indígenas que pasaron a poblar sus libros y sus sueños. En verdad, no recorrió más que la región litoral que se extiende de Baltimore al Niágara; pero su imaginación le bastó para crear otros paisajes nunca vistos, que asimiló a los que en verdad había visitado.

Se afirma, a veces, que Chateaubriand fué el iniciador del gusto

¹ Para los datos acerca de Chateaubriand, he consultado especialmente: a) **Histoire illustrée de la Littérature Française**, por los Profesores, Agregados de Letras: Émile Aury, Charles Audic, Paul Crouzet ; (Edit. Henri Diddier.- Paris, 1947). b) **Obras completas de Chateaubriand**, (Edt. Garnier.- Paris, 1948).

por América en Francia. No es tan exacto. Si bien su influencia es innegable en la literatura universal e hispanoamericana, se debe recordar que desde mediados del siglo 16, los Franceses solían presentar aborígenes tupíes (tupinambás) del litoral brasileño que bailaban ante el rey de Francia. Montaigne escribió en 1588 su ensayo sobre los **Cannibales**. Conocemos que desde el siglo 17, gracias a relatos de numerosos viajeros “relatos reales o imaginarios”, se despertó en Francia especialmente un interés por lo exótico, por el exotismo, en cuanto se refería a las tierras descubiertas por Cristóbal Colón. Entre los primeros, Michel de Montaigne se ocupó del tema y dio pruebas de una “exaltada curiosidad” en su defensa de los habitantes de América. En sus “**Ensayos**” escribió: “Nada hay de bárbaro ni de salvaje en esas naciones; lo que ocurre es que cada cual llama barbarie a lo que es ajeno a sus costumbres”.

Después de Montaigne², muchos autores franceses, hoy casi desconocidos se interesaron por los motivos americanos. Entre otros, mencionaré a: Martin Le Roi de Gomberville (1600-1674), de la Academia francesa, autor de novelas como **La joven Alcídiana** (París, 1651); Gauthier de Costes de La Calprenède (1610-1663), igualmente autor de algunas

novelas, entre otras **La princesa Alcídiana** (París, 1661); y seguramente el más celebre entre todos el erudito Obispo de Avranches, amigo de Jean de La Fontaine, miembro de la Academia francesa, Pierre Daniel Huet (1630-1721), autor de la novela **El falso Inca**. Narraciones todas de estilo netamente novelístico, a las que siguieron o precedieron numerosas relaciones de aventureros, piratas, corsarios; el teatro preferido en que generalmente se desarrollaba las hazañas de sus héroes era el mar de las Antillas o las costas de ambos océanos.

A estas narraciones hoy casi totalmente olvidadas siguieron estudios cuyos autores especialmente comerciantes de las cosas franceses que navegaban por las orillas del océano y numerosos misioneros, Jesuitas particularmente. En sus páginas encontramos bellas descripciones de aquellos pueblos **salvajes** para unos, para otros, -nuevamente la influencia de Montaigne- pueblos en un **estado de inocencia** y que contrastaban con las costumbres decadentes de la Europa de aquel siglo. Hay quienes han visto en ese pensamiento una especie de **prerousseauismo**, un siglo antes de **El Emilio**.

En los albores del **Siglo de las Luces**, la preocupación por los te-

2

Los tres párrafos que siguen los he tomado de mi libro *La Vitrina de un País sobre el Mundo*; (Ediciones Abya-Yala.- Quito, 1997). Acerca de esta primer tomo de la Biblioteca del Pensamiento Internacional del Ecuador, ver su discurso de presentación: <http://www.afese.com/img/revistas/revista33/presentacionbiblioteca.pdf>

mas de América era naturalmente la ocupación de algunos especialistas, representantes de las letras, de la cultura. Los autores que en su labor literaria se ocuparon de América son bien conocidos y cuentan entre los más notables de las letras francesas. Mencionaré aquí a : Alain-René Lesage (1668-1747); su obra tiene un sabor netamente español; Pierre Carlet de Chamblain de Marivaux (1688-1763), notable dramaturgo; Antoine-François Prévost (1697-1763), su vida fue una auténtica novela; Jean-François de Marmontel (1723-1799), discípulo de Voltaire, miembro de la Academia francesa y cuya obra **Les Incas** (1777), conoció un gran éxito; Bernardin de Saint-Pierre (1737-1814), que anunció ya el romanticismo de Chateaubriand y tuvo algunos seguidores en las letras españolas. No se puede olvidar a Madame Françoise d'Issembourg de Graffigny (1695-1758); su salón literario fue uno de los más célebres del siglo y su obra **Lettres d'une Péruvienne** (1747), fue un **best-seller** de la época sobre el tema americano y el exotismo del siglo. Como lo anota el peruano Estuardo Núñez, en su obra **Alejandro Humboldt en el Perú**: “*Lo esencial, escribe, no era la fidelidad histórica, sino el halago del gusto público (francés y europeo) mediante el uso de un decorado exótico. Tampoco interesaba el asunto en sí, pues poco importaba que se repitiera el mismo tema, siempre y*

cuando el ambiente sufriera variación dentro del exotismo”³. Tal era el ambiente de las clases cultas: la atracción del exotismo, que en verdad, se eclipsó a fines del siglo 18.

Conocemos que el mismo Chateaubriand fue a buscar este exotismo en las fronteras del Canadá aquella emoción de la naturaleza virgen y el sentimiento desbordante que preconizaba Rousseau. De regreso a Francia, se encontró con los disturbios de la gran Revolución contra la cual hizo campaña con los **emigrados**. Herido, viajó a Inglaterra y en Londres escribió **Los Natchez** (1826), obra en que trató de exponer parcialmente una idea que habría encantado a Rousseau: fue el intento de escribir una epopeya del hombre de la naturaleza. En la primera parte, con un estilo épico, refiere la vida del indio **Chactas** en medio de su tribu y luego en Francia. En la segunda parte, escrita con sencillez, refiere la vida de **René**, un francés, en las tierras de las Indias. A este conjunto pertenecían primitivamente **Atala** y **René**; pero, el autor (recobrada la fé de sus primeros años) transformó aquellos dos trozos para integrarlos en su una de sus obras maestra **Le Génie du Christianisme** (1802), la apología de la religión cristiana. **Atala** es una novela escrita en prosa rítmica y refiere los amores de **Chactas** y **Atala**, en las selvas solitarias y bajo un cielo tempestuoso; trata de

demostrar la armonía de la religión con la naturaleza y con las pasiones del corazón humano; mientras René pertenece al capítulo de **Du Vague des Passions**. De esta obra se desprende la honda melancolía del héroe, que para Chateaubriand no es sino el deseo infinito oculto en cada alma cristiana. René es el hombre que no se contenta con nada, indudable autorretrato de su autor, que busca sin cesar un sueño fugitivo.

No es difícil comprender así el enorme influjo de Chateaubriand en los autores románticos o, por mejor decir, en la nueva corriente que irá desarrollándose a lo largo del siglo 19. Desde luego, el romanticismo hispanoamericano no necesitó del europeo para existir **al menos como actitud**; pero, debemos tener en cuenta que los escritores Franceses tuvieron una influencia indiscutible, luego de la emancipación política, en todo nuestro movimiento literario y cultural. Además de nuevos motivos expresivos, dieron un vocabulario, una orientación hacia otro modo de pensar, de escribir, de vivir. El estallido romántico brindó a los escritores de nuestro continente una primera ocasión de independencia literaria frente a la tradición hispánica. Y el hombre, entre todos, el que más influyó en este estallido fué sin duda Chateaubriand, como escribió Théophile Gautier: **puede ser considerado**

como el abuelo o, si le gusta más, como el sachelm del romanticismo francés. Esta opinión es más valiosa que varias otras que han querido minimizar la importancia y la influencia de uno de los mayores escritores franceses de todos los tiempos, por motivos que no son precisamente literarios. La publicación recientemente de un libro de un académico francés **Mon dernier rêve sera pour vous**, de Jean d'Ormesson⁴, viene a confirmar que Chateaubriand es, tal vez, el más grande escritor francés de todos los tiempos y que su obra **Memorias de ultra-tumba**, una obra maestra. Criterio muy semejante es el de André Malraux.

Pero , dejemos este capítulo con tintes muy afrancesados...y vengamos a nuestra América.

Desde el descubrimiento de América el aborígen americano (o el indígena, el **indio**) ha estado presente siempre en la expresión literaria, desde el siglo XV. Basta recordar la extraordinaria producción de los Cronistas de Indias y de toda aquella literatura calificada como jurídica, conventual y misional de los siglos de la colonización. En el siglo XIX, con la **americanización** de nuestra literatura, gracias especialmente a

4 **Mon dernier rêve sera pour Vous – Une biographie sentimentale de Chateaubriand**; Editions Jean-Claude Lattès.- Paris, 1982).

la obra extraordinaria del venezolano Andrés Bello, aparecen todas aquellas tendencias conocidas con los nombres de **criollismo**, **indigenismo**, etc., que en el Ecuador –como en otros países andinos– presenta al indígena de la Sierra, al obrero, al montuvio de la Costa, al mestizo de las llanuras costeñas, al empleado de la clase media de los pueblos y ciudades.

Por lo mismo, nada extraño que el tema del humilde indígena de América haya conocido durante el período romántico una exaltación, un entusiasmo sin iguales, gracias a cierto sentido de humanización y por lo exótico de sus costumbres. Dentro del contexto americano, ningún autor podía expresar mejor el medio, como el hombre de la misma tierra. La independencia del siglo XIX, que se alzó como símbolo de la rebelión del hombre americano fue un tema de relatos, de la novela americana, así como de la poesía y de los dramas del romanticismo.

En aquella época, el proletario de América fué el **Indígena** que no escapó a la servidumbre ni cuando llegaron los esclavos negros para reemplazarle. Si el indígena era humanamente atractivo, literariamente resultó tan exótico a la escuela romántica como un bosque virgen del Amazonas. En esta época, el **personaje indígena** tiene el estatismo de la literatura a lo Chateaubriand

cuya influencia la veremos después en Juan León Mera. Se contempla al indígena casi con devoción **rousseauiana**, a la manera de una tormenta o de un torrente, de un apacible lago o de un paisaje sombrío.

Los precedentes de esta novela indigenista están en los historiadores y Cronistas de Indias, sobre todo, en el mestizo el Inca Garciaso de la Vega, cuyos **Comentarios Reales** son, para algunos críticos, una novelesca lección de indigenismo. En 1871, cuando aún se comentaban **María de Isaacs**, **Clemencia de Altamirano** o **Amalia de Mármol**, aparece la novela ecuatoriana: **Cumandá o un drama entre salvajes**, que el ecuatoriano Juan León Mera publica a los treinta y nueve años de su edad.

Breve resumen de la novela CUMANDA

La novela **Cumandá** es una narración de los amores de una indígena muy hermosa de las selvas amazónicas, al parecer última hija queridísima de la familia Tongana, con Carlos de Orozco, joven blanco, de excelente corazón que tenía “una ardiente pasión por las musas”. Carlos es hijo de cierto Padre Domingo, religioso dominicano entonces, antes el muy rico encomendero Don José Domingo de Orozco, esposo de la

bella y virtuosa Doña Carmen, padres de cinco niños “bellos como unos amores”; su primogénito es Carlos y “la última, Julia, una niña superior en belleza a todos sus hermanos”. Estalla una insurrección de los indígenas de su Encomienda, con la colaboración de Tubón, uno de los criados de la familia, que odia a su amo; queman la casa de la hacienda de Don José Domingo; toda la familia perece, su mujer y sus hijos quemados vivos. Su hijo Carlos se salva del incendio porque sigue sus estudios en la ciudad y está ausente. Don José Domingo, arrepentido de su despotismo y conducta nada cristiana con su servidumbre, ingresa en la Orden de los Dominicanos, se hace misionero y su hijo Carlos le acompaña en las selvas, en el pueblo de Andoas. Viven juntos al servicio de los salvajes de quienes son muy queridos.

En las selvas, Carlos encuentra a **Cumandá** y surge un idilio purísimo entre los dos jóvenes que se ven casi todos los días, a orillas del río Palora. Los padres de **Cumandá** que odian a los blancos, conocen el amor que se ha establecido entre los dos jóvenes y todo va a cambiar para ellos. En adelante no pueden verse sino escondiéndose. Durante una fiesta indígena en el lago Chimano, en que se encuentra Carlos, **Cumandá** salva en dos ocasiones la vida de su amante, perseguido por Tongana y uno de sus hermanos.

Para castigarla, le conducen ante Yahuarmaqui, el Jefe de la tribu y la ofrecen por mujer. Naturalmente, **Cumandá**, no acepta este matrimonio y, en la noche siguiente, después de haber salvado por tercera vez a Carlos, huye con él para escapar a los furros de su tribu que se dispone a sacrificarla. Huyen por las selvas; pero, la tribu de **Cumandá** husmea el rastro de la fugitiva y logran alcanzarla. Ante el peligro de que maten a Carlos, **Cumandá** se ofrece en holocausto a la furia de los suyos. Carlos es salvado por sus amigos los indios de Andoas y **Cumandá** llevada por la familia ante el “jefe de los jefes” de quien debe ser su esposa. Llega el día de los esponsales; la fiesta es general en toda la tribu. Por la noche, bajo los ojos de **Cumandá**, muere el jefe; ella con la ayuda de su madre huye otra vez, para escapar a su propio sacrificio, según requería la costumbre de la tribu. Su madre la despide y después de darle un beso le entrega un misterioso amuleto que **Cumandá** lo suspende al cuello. Huye por las selvas y camina sola horas y horas, no piensa sino encontrar a Carlos; sufre del calor, de la fatiga, la tempestad y el miedo de los bichos que la rodean. Al fin, llega a Andoas, inanimada; le recoge el Padre Domingo y recibe los auxilios de sus amigos. Pero, los crueles jíbaros han capturado a Carlos y vienen al pueblo; proponen al Padre Domingo cangearle con **Cumandá**. No acepta

este cambio; **Cumandá**, para salvar otra vez a su amante, se entrega al jefe de los jíbaros, para que le sacrificquen, pues debe perecer ya que según la costumbre de la tribu, el cacique debe ser enterrado con su favorita. Carlos y el Padre Domingo llegan tarde para salvarla; pero, han tenido tiempo, gracias al amuleto que Cumandá ostenta en su cuello, para reconocer en la joven india, a su hija Julia, salvada del incendio por su nodriza y llevada al interior de las selvas.

1º Análisis de la obra

“Cumandá”, la novela de Juan León Mera, es una de las obras de “un autodidacta que, además de novelista era periodista, crítico literario y poeta, que ocupó cargos políticos como diputado y gobernador de su provincia”. No es una obra juvenil, sino el fruto sazonado de quien ya había sobresalido en los campos de la poesía y la crítica, en particular. La inspiración esencial de esta novela debe buscarse, sobre todo, en Atala de Chateaubriand, tanto en las descripciones del paisaje como en los personajes principales: el Padre Domingo, Carlos y naturalmente **Cumandá**.

Al comenzar un breve análisis de esta novela, de sus descripciones, ideas y personajes estará bien citar estas líneas de Benjamín Carrión sobre la novela de Juan León Mera:

“Estamos asistiendo al nacer de la novela de América. El sentido del relato se ha despertado en forma extraordinaria en todos nuestros países... La novela americana es la novela con paisaje americano, aceptando ciertas concesiones y transposiciones, escrita por americanos, pero llena de contenido mestizo, con estructura y espíritu mestizo...”

Juan León Mera, como auténtico hijo de su país, de su tierra y de un ambiente de marcado carácter autóctono, revela en toda su obra una clara predilección por los temas nativos. **Cumandá** es el tipo mismo de la novela de su tierra, el anuncio de la novela indigenista que vendrá pocos años más tarde, pues palpita ya en su novela la protesta social indígena y su venganza contra su opresor. Sin desconocer que al pesimismo del siglo XIX, la amargura ante una sociedad decepcionada y materialista se une en **Cumandá** un romanticismo naturalista del tipo de Rousseau, Bernardin de Saint-Pierre y, en especial, de Chateaubriand, como mencionó, entre otros, el crítico español, Juan Valera que alabó esta obra, con gran entusiasmo y la juzgó como superior a la del mismo Chateaubriand. “Casi estoy por afirmar, escribe, que **Cumandá** es la novela hispanoamericana que más me ha interesado hasta ahora”. Y otro escritor tan notable como Pedro Antonio de Alarcón juzgó esta novela como más brillante que la de James

Fenimore Cooper (1789-1851), autor de *el Último de los Mochicas* (1826). Se ha escrito también que *Cumandá* es “la novela poéticamente más importante del grupo indigenista”.

Es verdad que si el sentimentalismo muy exagerado, la ingenuidad pueril, que hacen pensar en *Paul et Virginie* de Bernardin de Saint-Pierre, son rasgos algo contestables de la novela, la fuerza descriptiva de León Mera se eleva sobre todo reproche. Bosques, ríos, cascadas, noches inmensas de la selva...suscitan personajes que sobrepasan al de *Cumandá* y son bellamente presentados por el autor de *Melodías Indígenas*, de la *Virgen del Sol*. El indígena y el paisaje imponen su marca profundamente y es innegable la influencia de *Atala*, *René* y *Les Natches*, como veremos luego.

2º La Naturaleza

Está en todas las páginas de la novela de León Mera. No se puede leer ninguna sin que se deje de contemplar la naturaleza ecuatoriana en todo su esplendor y sus riquezas inagotables. Las bellezas del paisaje de la Louisiane tienen mucha semejanza con las de las selvas que se describen en *Cumandá*. Este exotismo que caracteriza tales descripciones o la literatura exótica no ha inventado Chateaubriand. Desde el siglo XVIII, los relatos de James Cook, de Louis-Antoine de Bougainville revelaban a

la sociedad europea las costumbres cándidas de las poblaciones salvajes. Bernardin de Saint-Pierre (1737-1814) en *Paul et Virginie* o en *Etudes de la nature* pintaba ya la selva virgen y los paisajes de los trópicos. Varios escritores imaginaban historias americanas semejantes a las de *Atala*. Chateaubriand, en realidad, no ha visto todas las regiones que evoca, sobre todo, en su *Viaje por América* (1791), como también en *Atala* (1801) o *Les Natches* (1826); no ha recorrido como quiere dar a creer, la región de Tenase ni las orillas del Messachebé; utiliza para sus descripciones libros o relatos que ha leído. Desde luego, hay que reconocer que se sirve de los mismos con un arte asombroso.

Los primeros capítulos de *Cumandá* en que León Mera describe con maravillosa exactitud el país en que coloca a sus personajes, aquellos de la *Selvas del Oriente* se los puede comparar con el *Prólogo de Atala* y es imposible no apreciar la semejanza entre las descripciones, por ejemplo del río Chambo y de sus orillas con la tan conocida descripción del Messachebé o con la del río Pastaza. Leamos estas líneas:

“ El Pastaza, uno de los reyes del sistema fluvial, de los desiertos orientales...tiene las orillas más groseramente bellas que se puede imaginar... En la parte en que nos ocupamos, agria y salvaje por extremo, pare-

ce que los Andes, en violenta lucha contra las ondas, se ha rendido sólo a más poder y las han dejado abrirse paso por sus más recónditos senos. A derecha e izquierda, la secular vegetación ha llegado a cubrir los estrechos planos, las caprichosas gradas, los bordes de los barrancos...»

En Chateaubriand encontramos, casi las mismas palabras: « *Les deux rives du Messachébé présentent le tableau le plus extraordinaire. Sur le bord occidental, des savanes se déroulent à perte de vue ; leurs flots de verdure, en s'éloignant, semblent monter dans l'azur du ciel où ils s'évanouissent...Suspendus sur les cours d'eaux, groupés sur les rochers et sur montagnes, dispersés dans les vallées, des arbres de toutes les formes, de toutes les couleurs, de tous les parfums, se mêlent, croissent ensemble, montent dans les airs...* ».

Y podríamos citar en **Cumanda** una multitud de párrafos tan semejantes a las descripciones de Chateaubriand como éste. León Mera, en sus descripciones, además de una multitud de precisiones sobre el país que describe, quiere hacernos sentir plenamente, con todos los sentidos las bellezas de su país, y lo hace con su **estilo maravilloso** lleno de aquellos perfumes, colores y ritmos que buscaba el mismo Chateaubriand.

El arte se revela en la composición de los párrafos; algunos son

verdaderas estrofas poéticas con el rasgo que las precisa o las corona; o en la **riqueza del estilo adornado**, en la armonía de la frase bien equilibrada, con recaídas majestuosas. Imágenes, ritmos, sonoridades musicales, vocabulario cargado de sensaciones, de colores, perfumes. En una palabra, de una poesía que inspira visiones plásticas y encantamientos deliciosos. La naturaleza ecuatoriana vista en su esplendor inspira páginas de gran valor, llenas de poesía, como las que se refieren al **pueblecito de Baños** o a la **Catarata del Agoyán**.

La huida de Chactas y Atala permite a Chateaubriand descripciones también deleitosas: « *Ce lieu était un terrain marécageux. Nous avançons avec peine sous une voûte de smilax, parmi des ceps de vigne, des indigos, des faséoles, des lianes rampantes, qui entravaient nos pieds comme des filets...Des insectes sans nombre, d'énormes chauves souris nous aveuglaient, les serpents à sonnettes bruissaient de toutes parts...* »

Así mismo, **la huida por la selva de Cumandá** ofrece cuadros unos más variados que otros. La naturaleza le es tan bella como esquiva y agresiva. Se abre paso entre lianas para encontrar la enorme serpiente que le asusta; las aguas cristalinas de un estanque que se rodea de un marco de flores bellísimas, no le sirven para apagar la sed porque son

amargas y fétidas; y la uva camairona, tan apetitosa, tampoco la puede alcanzar porque el tigre acecha ante ella a sus víctimas.

¡Cuántos desengaños en menos de medio día! Serpientes entre las flores, amargura insoportable en los cristales de una fuente, fieras al pie de los árboles que derraman sabrosos y nutritivos frutos! La naturaleza presenta imágenes de la Sociedad hasta en los desiertos... “*En vano busca algunas gotas de agua en los cálices de ciertas flores que suelen conservar largas horas el rocío, el sol es abrasador y los pétalos más frescos van marchitándose como los sedientos labios de la joven; en vano prueba repetidas veces las aguas del Palora; este río no es querido de las aves a causa de lo sulfúreo y acre de sus linfas, y los indios creen que el beberla emponzoña y mata*”.

3° Exotismo

Chateaubriand, en *Atala*, Juan León Mera en *Cumandá* se complacen en multiplicar los **detalles exóticos**, tanto en los nombres extraños de los bichos o de las flores, de los árboles, como en ciertas maneras particulares de hablar de algunos salvajes. Chateaubriand busca la decoración nueva, raros nombres de plantas o vastos frescos pintorescos cuyo exotismo tuvo tanto éxito en su época:

“*Les vignes sauvages, les bigonias, les coloquintes, s’entrelacent*

au pied des arbres, escaladent leurs rameaux, grimpent à l’extrémité des branches, s’élancent de l’érable au tulipier, du tulipier à l’alcée, en formant mille grottes, mille voûtes, mille portiques. Souvent égarées d’arbre en arbre, ces lianes traversent des bras de rivière sur lesquels elles jettent des ponts de fleurs.... Une multitude d’animaux placés dans ces retraites par la main du Créateur y répandent l’enchantement et la vie. De l’extrémité des avenues on aperçoit des ours, enivrés de raisins..., des cariboux se baignent dans un lac ; des écureuils noirs se jouent dans l’épaisseur des feuillages, des oiseaux moqueurs, des colombes de Virginie... ; des perroquets verts à têtes jaunes, des piverts empourprés... »

Así mismo, León Mera usa **vocablos quechuas**. Revela en toda su obra su amor por su país, su españolismo no choca con ese bilingüismo, puesto que es propio de la zona en que vive (Ambato-Quito); nadie se extraña del empleo familiar de palabras, de voces quechuas en la conversación cotidiana. Y sin cesar, encontramos estas palabras en *Cumandá*, además de las propiamente españolas para describir bichos, flores, árboles, plantas. “*En las orillas abundan hermosísimas plantas, palmas de cuyo fruto gustan los saínos y otros animales bravíos, y el laurel que produce la excelente cera, y el fragante canelo...Al entregar el exi-*

guo tributo, parece avergonzarse...y esto sólo porque tropieza ligeramemente en las raíces de un añoso matapalo, que ensortijadas como una sierpe sobre la fuentequilla, se tienden hacia el río...Me gusta más que la miel de las flores al quinde...El corazón fuerte y firme como el simbillo...Y ancianos y madres depositaban al pie del arca, en graciosos cestillos de mimbre o en canastillas de hojas de palma, naranjas y dulces, badeas dulces, granadillas de Quijos, aromáticas uvas camaironas y otras delicadas frutas..."

4º Los Indios

Lenguaje, costumbres, fiestas, supersticiones, todo se encuentra en la novela de León Mera mejor que en *Atala*. Chateaubriand busca también el **exotismo** al hablar de los indios dando los nombres de sus dioses *Areskoni* e *les Manitous* *ne nous furent pas favorables*, o como León Mera, ejemplos de vocables indígenas, que sea *el sagamite: elles m'apportent de la crème de noix, du sucre d'érable, de la sagamite, des jambons d'ours, des peaux de castors*, o sean los árboles de la fuente que se llaman **liquidambers** o **copalmes**, o el **tamarin**; instrumentos de música o armas como el **chichikerné**, o el **tomakawk** y tantos otros términos todavía para designar plantas o pájaros.

Chateaubriand como León Mera, aman las fiestas, las supers-

ticiones indígenas, las costumbres de aquellas poblaciones salvajes. Si Chateaubriand sabe describir "el consejo de los Sacheras" con mucha poesía, hablando de los "sacrificios de petun", de "la consultación de los Manitous"; si presenta dos tribus indígenas, los Muscogulges que persiguen a Chactas, sus fiestas, juegos, si le gusta hacer hablar a los indígenas con palabras sencillas y poéticas este **couleur locale** indígena es relativamente discreto, y le interesa más, además de la naturaleza, que he mencionado ya, los personajes mismos; Chactas, Atala, sobre todo.

Cumandá pertenece a la **literatura indigenista**, es decir, no es solamente una novela de **tipo costumbrista y regional**, sino también, a veces, de **tipo social**, en que palpita la protesta social indígena, su venganza (quemar la casa del hacienda de Don José Domingo Orozco y la familia perece). Hay, en **Cumandá**, un **odio** terrible de ciertos indígenas al padre de **Cumandá**, a los **blancos**.

5º Los personajes

Si Chactas y Carlos no se asemejan mucho, sino en su manera tan pura de amar, más pura en Carlos que en Chactas, que no siempre entiende el carácter de Atala: "*les perpétuelles contradictions de l'amour et de la religion d'Atala, l'abandon de sa tendresse et la chasteté de ses moeurs, la fierté de son caractère et sa profonde sensibilité; l'élévation de*

son âme dans les grandes choses, sa susceptibilité dans les petites, tout en faisant pour moi un être incompréhensible... ».

Los personajes de Chateaubriand, a pesar de amarse de una manera purísima, del mismo amor que une a Carlos y Cumandá, parecen más humanos, más apasionados que los personajes casi sobrenaturales, y etéreos de León Mera. Cumandá, para Valera, sobre todo, no es real. *”Difícil es de creer, por lo tanto, escribe, que Cumandá, viviendo entre salvajes, feroces, viciosos, groserísimos, moral y materialmente sucios, y expuestos a las inclemencias de las estaciones, conserve su pureza virginal, y sea un primor de bonita, sin tocador, ni higiene y sin artes cosméticas e indumentarias... Pero Cumandá no tiene santo, ni santa, dios ni diosa, que tan bella y pura la haga y la conserve, es menester confesar que resulta dificultoso de creer que lo sea”.*

Si Atala parece un poco más real y debe rezar para no ceder a la tentación, hay una semejanza extraordinaria entre Atala y Cumandá. Físicamente, parecen hermanas : *» Atala était régulièrement belle, l'on remarquait sur son visage je ne sais quoi de vertueux et de passionné, dont l'attrait était irrésistible. Elle joignait à cela des grâces plus tendres, une extrême sensibilité, unie à une mélancolie profonde, respirait*

dans ses regards ; son sourire était céleste... La fille du palmier vint me trouver au milieu de la nuit... La nuit était merveilleuse. Le génie des airs secouait sa chevelure bleue embaumée de la senteur des pins, et l'on respirait la faible odeur d'ambre... Ses yeux levés vers l'astre de la nuit, ses joues brillantes des pleurs de la religion et de l'amour, étaient d'une beauté immortelle... »

Cumandá, que León Mera describe más detalladamente, tiene: “una belleza superior a cuantas bellezas habían producido las tribus del Oriente. Predominaba en su limpia tez la pálida blancura del marfil... Sus ojos de color de nube oscura, poseían una expresión indescifrable, conjunto de dulzura y arrogancia, timidez y fugo, amor y desdén”.

En Atala, como en Cumandá todo es sencillez y vivacidad, candor y vehemencia, dulzura de amor apasionado y actitud de orgullo; era toda alma y toda corazón, alma noble, pero inculta; corazón de origen cristiano en pecho salvaje, y desarrollado al aire libre y en la soledad. Una voz dulce y armoniosa como la de un ave enamorada. Las dos son indígenas (o casi) y tienen esta alma salvaje y apasionada, hablan con las mismas palabras de su amor, dicen las mismas cosas, salvan una como otra de la muerte a sus amantes, casi en las mismas ocasiones.

Y tal semejanza da lugar en las dos obras a **escenas** casi iguales. Como **Carlos** y **Cumandá** huyen por las selvas después de la fiesta del Lago Chimano, perseguidos más tarde por los indígenas, también **Atala** y **Chactas** huyen. Y son las mismas palabras de amor, las mismas lágrimas, las mismas aventuras, prisiones y sacrificios de los jóvenes. Encontramos en **Atala El Padre misionero**, en **Cumandá El Padre Domingo**, dos misioneros semejantes que viven en medio de los salvajes, les quieren y viven para ellos, teniendo el oficio de sacerdote y médico de los cuerpos y de las almas. Presentados con tanto realce, parece que el lector se halla viviendo en aquellas incultas regiones. El **curaca Yahuarmaqui**, que significa **el de las manos sangrientas**, es como un retrato fotográfico: él y los adornos de su persona, su tienda donde lucen las cabezas de sus enemigos, muertos por su mano, cabeza reducidas por arte ingenioso de disección, al tamaño cada una de una naranjita.

Si Chateaubriand no obedece más que al cuidado de dar **exotismo** a su obra y ese **couleur locale** tan querido, León Mera se diría busca algo más: intenta ofrecer en **Cumandá una historia de los indígenas**, presentar, al mismo tiempo, una obra geográfica, sentimental, poética, histórica, y a veces, como hemos dicho, con intenciones sociales. El segundo capítulo de **Cumandá**, **Las tribus jí-**

baras y záparas es una historia completa de estas dos tribus, un estudio muy detallado de sus costumbres, fiestas, y caracteres: “Su carácter y costumbres son diversísimos como sus idiomas, incultos pero generalmente expresivos y enérgicos”. Y León Mera compara a los záparas con los jíbaros, habla de su adoración por la libertad, de **sus costumbres**, por una de la cual será víctima la misma **Cumandá**; cuando muere el jefe se sacrifica a la más querida de sus esposas para que le acompañe en el país de las almas.

En **Chateaubriand, el amor de la libertad** se halla en grado muy fuerte en el alma de Chactas, que quiere dejar a López y dice: “*Je meurs si je ne reprends la vie de l’indien*”. Pero, no es en **Atala** donde podemos citar ejemplos parecidos a las descripciones de León Mera, sino en su **Viaje por América**, en que Chateaubriand ha dedicado unas cuantas páginas a los indígenas, a sus costumbres, con precisiones inagotables. Hay muchos capítulos en los titulados “*Mariages, enfants, funérailles, moissons, fêtes, danses et jeux; année, division et règlement du temps, calendrier naturel, médecine; langues indiennes; chasse, guerre, religion, gouvernement* ». Y lo sabemos todo. Nada queda obscuro; las descripciones que encontramos en los capítulos de **Cumandá**, todas se encuentran aquí, maravillosamente descritas, siempre muy interesantes.

León Mera habla también de la guerra entre los indígenas y de la caza. “Unos y otros son muy diestros en el manejo del arco, la lanza y la maza”. Chateaubriand escribe: “*Les sauvages sont aussi habiles à la pêche qu’adroits à la chasse*”. Podríamos dar así numerosos ejemplos que muestran las semejanzas entre sus descripciones y el amor que Chateaubriand y León Mera sienten para aquellas lejanas poblaciones salvajes, ya estén en la Luisiane o ya en el Ecuador.

Si bien es cierto que la naturaleza y el **costumbrismo**, el exotismo o **couleur locale**, el cuidado de los detalles en las descripciones tienen un papel muy importante en las dos obras, deberíamos considerarlos como algo adicional, como telón de fondo, o factores complementarios de los cuales deben separarse la actuación humana. En ambas novelas, si se separa la presencia, la obra del individuo del medio en que actúan, serían dos obras sin mayor sentido, sin especial interés. No merecerían el prestigio que han logrado en la historia de las letras.

En las dos obras, sus autores ofrecen esta presencia dulce, llena de belleza y de paz de la **Religión**, de la **caridad cristiana**, del amor y de la bondad hacia los salvajes incultos de los Padres Aubry y José Domingo. Los dos igualmente buenos, llenos de compasión frente a las penas huma-

nas, comprensivos, hasta se parecen físicamente. “*Sa taille était élevée, sa figure pâle et maigre, sa physionomie simple et sincère. Il n’avait pas les traits morts et effacés de l’homme né sans passions, on voyait que ses jours avaient été mauvais, et les rides de son front montraient les belles cicatrices des passions guéries par la vertu et par l’amour de Dieu et des hommes. Quand il nous parlait debout et immobile, sa longue barbe, ses yeux modestement baissés, le son affectueux de sa voix, tout en lui avait quelque chose de calme et de sublime*». He aquí como Chactas describe el **Padre Aubry** y es el retrato mismo del **Padre Domingo**, en **Cumandá**.

Podría citar otros ejemplos de las semejanzas entre Chateaubriand y Juan León Mera. Así, el **entierro de Cumandá**, para comprobar hasta qué punto se asemeja a los **Funérailles d’Atala**. Si es preciso concluir, al comparar Chateaubriand y León Mera no se trata de saber cual de las dos novelas es superior. Lo importante es comprobar la influencia indiscutible de Chateaubriand en Juan León Mera; al mismo tiempo que rechazar totalmente la idea de **plagio** y reconocer con Valera que:

“**Cumandá** es mil veces más real, más imitada de la naturaleza, más producto de la observación y del conocimiento de los bosques, de los indígenas, y de la vida primitiva,

que casi todos los poemas, leyendas, cuentos y novelas, que sobre asunto semejante se han escrito. **Cumandá** es una joya literaria, que tal vez será popularísima cuando pase esta moda del **naturalismo**, contra la cual moda peca la heroína, aunque no pegan, sino que están muy conformes los demás personajes”.⁵

Sería largo añadir otras opiniones y encomios de escritores no menos célebres, españoles e hispanoamericanos, que han elogiado la obra de Juan León Mera y, en especial, su novela **Cumandá**. ¿Por qué, entonces, las duras y, a veces, injustas críticas, a mi parecer de que ha sido objeto esta novela de parte de algunos escritores ecuatorianos? Citaré después a cuatro escritores muy conocidos. No si antes exponer algunos juicios acerca de la conducta de ciertos autores, de algunos países.

Se observa en algunos críticos modernos cierta tendencia, o manía, que les orienta a una especie de inculpación o requisitorio que, en algunos casos, traspasa los límites de lo puramente histórico o literario, a veces bajo pretextos de “deber de memoria”, (que en algunos casos históricos puede ser legítimo), para convertirse en un **proceso de res-**

ponsabilidad, en sentido ascendente. Hay quienes califican esta tendencia de **totalitaria**. En efecto, no se puede confundir la Historia con el resentimiento ni con la propaganda y, por difícil que sea mantener cierta imparcialidad, no se puede transferir, traspasar a tal época, una problemática de nuestra época... de otra época. Con este juego intelectual, se podría ridiculizar a cualquier autor, desde Homero al Dante y de Racine a Cervantes... Ningún autor, ninguna escuela histórica o literaria podrían resistir a esta especie de dislocación o **colaje de citas**, de tal desplazamiento que modifica sustancialmente o que dislocada **del campo histórico** se vuelve simplemente grotesco y nada científico.

La idea malsana o errada que inspira tales requisitorios es que en el momento en que pensamos, escribimos, suponemos poseer la verdad absoluta; creemos acceder a un punto sublime del que se descubre el pasado como inmóvil en sus sombras y sus luces... Pretensión totalmente intelectual y muy marxista, por otra parte, que algunos autores proclaman, en el caso, por ejemplo, de quienes hoy analizan los años de post-guerra. Cuando conocemos que hubo una ebullición de ideas, de luchas y compromisos, de declaraciones... ¿Cómo pretender resumir aquella época en frases como

5 **Cartas Americanas – La poesía y la novela en el Ecuador – Al Señor D. Juan León Mera**-Madrid 8 Julio 1889.- (Obras Completas; Tomo XLII);

ésta?: “...En aquellos cortos años después de 1945, todo va a jugarse en capillas irrisorias de intelectuales”. Desde luego, ¿cómo calificar de irrisorias a esas capillas a las que se quiere probar que han dominado dicha época y hasta estos días? Por otra parte, no es cierto que todo se haya jugado entonces. Lejos de eso.

Pero, dejando algo que parecerá abstracto o relativo a problemas extraños, vengamos a cosas del Ecuador. Más de una vez me ha sido dado oír o leer criterios que justamente prueban lo que he enunciado antes. Me refiero al caso de valiosos representantes del siglo XIX: Juan León Mera, como a Bello, como Olmedo, algo menos a Espejo, a quienes se ha pretendido desconocer sus méritos o su importancia en nuestra historia literaria, como en el caso de la novela *Cumandá*; obras y autores del siglos pasados que se pretende juzgar con criterios de nuestra época.

Desde luego, he de recordar que en los últimos años un importante trabajo se ha publicado y tiende a hacer justicia a Juan León Mera. Me refiero a la obra *Cumandá 1869-1979, CONTRIBUCIÓN A UN CENTENARIO*⁶. En esta obra se ofrecen valiosos trabajos de un distinguido grupo de jóvenes intelectuales con monografías muy interesantes acerca de algunos aspectos de la novela *Cumandá*. Las páginas

de Sonia Flores Yépez, *Peculiaridades del Romanticismo en la novela Cumandá* (pág.57-77); de Alberto Rengifo Achig, *Cumandá y Atala, un análisis comparativo de motivos* (págs79-101); de María de Lubensky, *Esclarecimiento de un problema: Cumandá y Atala* (págs.103-118), ensayo que, en particular, me han interesado y están en la línea que pretendió ofrecer en este estudio. Mencionaré a continuación breves pasajes de cuatro autores nacionales que se expresan sobre la novela de León Mera:

Angel Felicísimo Rojas escribe:

“CUMANDÁ, una de las obras más importantes del romanticismo latinoamericano, es la primera novela con voluntad de ser novela y con ganas de ser ecuatoriana...esas descripciones de la selva parecen convencionales. Quien las ha escrito no conoce la naturaleza tropical. El ambiente es demasiado plácido. Es la falsificación de una falsificación. Chateaubriand anda por ahí...”

Benjamín Carrión:

“CUMANDÁ no puede servir de antecedene, mucho menos de modelo, a la nueva actitud estética de los escritores de los años treinta; simplemente, dejó fundado el género... CUMANDÁ hace entonces dentro del panorama novelístico del

Ecuador, el papel de un paradigma al revés: para hacer novela ecuatoriana hoy, hay que alejarse cada vez más de CUMANDÁ...”

Agustín Cueva, por su parte escribe:

“ Sea como fuere, aceptar o rechazar CUMANDÁ constituye en el Ecuador una toma de posición ideológica: esa obra es una apología del cristianismo, de un cristianismo que se nos presenta decidido a borrar su pasado feudal, escribiendo una nueva Historia, de expiación y de bondad, en un escenario virgen...”

Jorge Enrique Adoum escribe:

“Más aún: al situar la acción de CUMANDÁ en la selva, Mera da muestras no solamente de la predilección del romanticismo por los escenarios exóticos, sino de una gran habilidad para desplazar la verdadera ubicación geográfica del problema indígena. Las tribus del oriente ecuatoriano no están sujetas a servidumbre, no tienen propietario ni amo y viven dentro de su propio sistema. En cambio, el indio de la serranía es animal de trabajo y de carga, sometido a un régimen semifeudal de explotación de la tierra... Mera crítico, académico, conservador, católico, autor de lo que él mismo llamó Novelitas ecuatorianas y de poemas y versos como los del Himno Nacional ecuatoriano era además propieta-

rio agrícola y tenía indios a su servicio, ellos sí, evangelizados. Sobre eso no había que llamar la atención del mundo civilizado ni de los gobiernos atentos sólo al movimiento social y político...”

Luego de opiniones tan poco estrictas y más bien negativas para dar una idea acerca de la novela y la personalidad de León Mera, de su valor literario, qué diferentes las apreciaciones de los Españoles ya mencionados, Pedro Antonio de Alarcón, Juan Valera, a las que podría añadir, José María de Pereda. Y para citar autores Ecuatorianos podría ofrecer aquí las opiniones muy elogiosas de escritores como Gonzalo Zaldumbide, Jorge Carrera Andrade, quienes han escrito páginas admirables sobre el ilustre ambateño. No omitiré de mencionar unas líneas de otro ilustre compatriota, Julio Tobar Donoso. De su breve estudio sobre Juan León Mera, publicado en *Cronistas de la Independencia y de la República*, leamos estas líneas que servirán para desvirtuar frases tan antihistóricas y caricaturales como las que escribe Jorge Enrique Adoum.

“Desde muy joven, he mirado a Mera como maestro y guía esclarecido...A través de los años, y por encima del sepulcro, es placentero darse la mano con los varones que han luchado por la cultura nacional y espiritual de los pueblos y rendirles pleito homenaje de glo-

ria...Si en lo político hizo Mera sus pimeras armas en 1861, revelándose hombre de pensamiento y de lucha, en lo literario alcanzó aquel mismo año magnífico triunfo, que vino a consolidar y extender su ya merecida fama de poeta. Nos referimos a la aparición de *La Virgen del Sol* que, después de paciente revisión de su noble e insigne amigo don Julio Zaldumbide, vio la luz en los mismos días en que estaba reunida la Asamblea. Algunos años duró la elaboración de la sugestiva *Leyenda: la Inspiración* había sido escrita en 1954, en el pueblo de Baños, gigantesca rotura de la Cordillera, por donde los ríos interandinos se precipitan en el Oriente, abriendo a éste puerta natural. ¿Qué musa verdadera no despertará fascinada por el estupendo panorama de esa porción de nuestra tierra...? Con esa obra y con *Melodías Indígenas*, compuesta en 1860, ratificó Mera su voluntad de dar color nacional, sabor de la tierra a su labor literaria. Esta fue una de las formas, no la menor, de su ardiente y luminoso patriotismo...Pocos escritores americanos, prestan variedad tan peregrina de géneros y materias, fruto de inteligencia blanda y dúctil, de riqueza de fantasía y sentimiento, de copiosas lecturas y vastos estudios. Con razón, pues, Julio Cejador y Frauca afirma que Mera es el talento más universal del Ecuador...”⁷.

En páginas no menos luminosas, Tobar Donoso, no deja de comentar otras obras de León Mera, además de las ya mencionadas en que se refiere a “los motivos indianos”. No extraña, pues, escribe que: “el novelista brilló y se inmortalizó con *Cumandá*, gracias a una prosa que el inmenso Menéndez y Pelayo calificó justamente de *exquisita*”. Y en otro de sus estudios, Tobar Donoso afirma:”Entre esos escritos que merecen tal calificativo, ocupa el primer lugar su *Cumandá*, escrita en 1879. Nadie ha dudado de la belleza de esa novela, la descriptiva por excelencia del Ecuador, que tiene encanto irresistible por la pintura de las selvas y de los paisajes del Oriente, civilizado por inmenso número de misioneros ecuatorianos y extranjeros, sobre todo alemanes. Estaba de moda Chateaubriand; y, sin duda, fue él quien modeló la pluma de Mera, para obra tan genial, fulgurante de hermosura...”⁸

Y cómo no citar por lo menos unas líneas del brillante **Homenaje a Juan León Mera en su quinta de Atocha**, discurso en que el reconocido historiador, catedrático y académico, Jorge Salvador Lara, ofreció una síntesis admirable de la vida y obra de nuestro compatriota: “*Hombre múltiple y ejemplar fue Mera. Poeta, sociólogo, polemista, defensor de los valores indígenas,*

7

BIBLIOTECA ECUATORIANA MINIMA-Edt. J. M. Cajica JR, S.A. Puebla-México; 1980.

8

Los Miembros de Número de la Academia Ecuatoriana, muertos en el primer siglo de su existencia, 1875-1975.- (Editorial Ecuatoriana; Quito, 1976).

novelista, precursor del folclore, político, legislador, magistrado, juez, agricultor, estadista; cultor de las artes pictóricas, amigo de la música, académico, polígrafo. Todo eso lo fue, y en grado eximio...”⁹.



Jean Contoux-Montalvo
Luis E. Jaramillo
A. Darío Lara
Plaza de Champerret
7 de abril de 1964



Junto al busto de JUAN MONTALVO
7 de abril de 1964